

var: su travesía y posterior arribo a la ciudad de Santa Marta; los cuidados de su médico; algunos detalles sobre las personas que estuvieron con él; referencias a su testamento y algunas de sus cartas y proclamas; y, en general, datos sobre los pormenores de su enfermedad. Paz Otero se ha documentado bien, el problema es la ficción y la concordancia de ésta con las intenciones del libro.

*La agonía erótica de Bolívar, el amor y la muerte* puede leerse como un texto poético que a ratos transcribe datos históricos reales, no es tan metahistórico como se quisiera dado que no quebranta los hechos más que para escribir luengas cartas de amor que se apoyan en el padecimiento y que se van escribiendo con linealidad temporal hasta llegada su muerte.

Se nos aclara que Bolívar encomienda la redacción de estas cartas mientras se desvanece en su enfermedad. Lo extraño es encontrar una carta que este dicta justo antes de morir y que parece terminar de escribirse desde el más allá:

*Ven, ven que todo es ilusorio. Ven a la difusa luz de este último crepúsculo. Ven, Manuela, que es la una y siete minutos de la tarde y yo acabo de morir y estoy amando.* [pág. 143]

Finalmente compruebo en estas cartas aquello que, si ha de creerse en el *revival* de Víctor Paz Otero, pone en serios problemas el propósito —supongo que un homenaje— de esta reconstrucción ‘metahistórica’: se nos hace claro que Simón Bolívar, como escritor de cartas amorosas, fue ante todo un gran libertador. O mejor aún, que Paz Otero debería firmar sus epístolas poéticas sin tener que recurrir a los muertos, dado que ellos ya no pueden ni les interesa defenderse.

CARLOS ANDRÉS  
ALMEYDA GÓMEZ

1. Citaré apenas una treintena de ejemplos dado que, de transcribirlos todos, esta nota crítica necesitaría de un Bo-

letín completo: “[...] bajo la luz de una lámpara sutil y bienhechora” (pág. 14); “ocuparme de viscosos y mortificantes asuntos” (pág. 15); “hipocresía senil y enferma” (pág. 17); “ese pensar barato y embaucador” (pág. 17); “amable y calurosa ciudad de Honda” (pág. 19); “el majestuoso y turbio río de La Magdalena” (pág. 22); “como una fiebre deliciosa y desquiciante” (pág. 23); “esos dos personajes anfibios y de pacotilla” (pág. 24); “pequeño y precario consuelo” (pág. 24); “felicidad tenue y silenciosa” (pág. 25); “lo más íntimo y sagrado de mis pensamientos” (pág. 25); “gloria triste y deshilachada la nuestra” (pág. 28); “esquiva y transitoria esperanza” (pág. 30); “breve e ilusorio tiempo” (pág. 30); “contacto tibio y embrujador de tu carne vibrante” (pág. 33); “grandeza incommovible e inalterable” (pág. 59); “donde se sienta cruel y bárbaramente” (pág. 64); “No sé que pudo convocar la infamia y la muerte de ese incauto y maravilloso hombre que era Sucre” (pág. 64); “como beber un vino enfermo y ácido” (pág. 64); “arrancarme de ese sopor balsámico e ilusorio” (pág. 98); “efímeros y múltiples amores” (pág. 106); “Qué vibraciones balsámicas y maravillosas efluvia la belleza de este sitio (¿?)” (pág. 113); “amanecer turbio e indiferente” (pág. 114); “una extraña y hermosa visión” (pág. 116); “agonía atroz y desesperada” (pág. 119); “mis sufrimientos y mis sórdidas dolencias continúan *en crescendo*” (pág. 121); “y todo es como si resistiese intacto e inmune” (pág. 122); “estoy lleno y trémulo de certidumbres, como si por fin hubiese sido poseído y tomado por el amor” (pág. 128); “estoy fundido y disuelto en la irrealidad” (pág. 134); “cambiantes universos unificados en el esplendor de tu mirada” (pág. 142).

## En busca de la primavera, donde *Siempre fue invierno*

**Siempre fue invierno**

Piedad Bonnett

Alfaguara, Bogotá, 2007, 329 págs.

“¿Qué es mejor, el sobresalto que nace de la insensatez o el tedio al que nos conduce la cordura?”, se cuestiona Franca, la protagonista de

la novela *Siempre fue invierno*, justo en el momento en el que da un paso adelante para rehacer su vida.

Harta de los abusos y atropellos a los que la somete el miedo que ha infundido en ella su marido Lorenzo, decide abandonarlo sin dudas ni remordimientos. Deja atrás una privilegiada posición social, a su pequeño hijo Mateo y, más que nada, esa sensación de estar atada y oprimida, dos cosas que no combinan para nada con el encanto de sus treinta años recién cumplidos y con el hecho de que se sabe hermosa y deseada por todos a su alrededor.



Ejerció como politóloga en una ONG hasta que un buen día, ya casada, empezó a experimentar una mezcla de tedio y deseo de libertad que la hacen dejar su trabajo para dedicarse por un tiempo a su hijo y a algunas de las actividades que solía disfrutar en la adolescencia, lo cual la lleva a sentirse como una desocupada o, más bien, una mujer sin proyecto.

Sin embargo, encuentra un refugio en lo que ella misma llama “lo creativo” y empieza a interesarse por la fotografía y la pintura. Pronto, ambas le dan un nuevo hábito a su plana y muy aburrida vida, de la que ella misma se percata cuando suena en la radio una canción que la hace “nadar en un charco de tristeza, una tristeza que Franca consciente porque pone en su rutina de

pañales y teteros algo parecido a una gota de trascendencia, de esa misma que busca cuando pinta sus cuadros de gran formato”, escribe Piedad Bonnett, la poeta y novelista que le dio vida a esta historia.

### Un encuentro del azar

Su nueva faceta de aspirante a artista y su ímpetu se convierten en las cartas que Franca se juega permanentemente y que detonan en una violenta pelea con su marido, que no sólo marca el final de su matrimonio y el comienzo de una vida distinta; sino también el fortuito encuentro con Ángel, un médico graduado de la Universidad Nacional, que “al entrar de lleno en la autópista, se encuentra con una visión inaudita. Por un segundo cree que se ha quedado dormido y que lo que ve es la imagen de un sueño: una mujer (Franca) corre por la acera —relata Bonnett—, en sentido contrario al escaso tráfico, vestida con un traje de fiesta negro que se mimetiza con la oscuridad, los blancos brazos desnudos desafiando los seis o siete grados de temperatura que deben estar haciendo”.



A lo largo de la novela, Bonnett se encarga de hacer evidente que juntar en las páginas de su novela a estos dos personajes no fue un ca-

pricho, pues como ella misma lo recuerda a través de una cita de Jorge Luis Borges: *Todo encuentro casual es una cita...* Una que irremediablemente se encargaría de torcer sus destinos, pues pone a cada uno frente a una realidad que, por sus orígenes sociales, desconocen y se oponen del todo: la de ella es la de la ligereza y la fortuna; la de él, la del resentimiento y el maltrato.

De familia campesina y levantada a pulso, Ángel ha encontrado en el estudio la posibilidad de ‘ser alguien’; a pesar de que permanentemente choca con la falta de oportunidades y las infinitas trabas en sus intentos por progresar, porque hace parte “de los cotidianos y eternamente pisoteados, manoseados, humillados”.

A esa permanente sensación de inferioridad que lo invade, se suman dos figuras que le hacen plantearse continuamente dilemas éticos y políticos. A un lado está Ernesto, su hermano mayor, a quien Bonnett presenta como “un hombre lúcido y apasionado, de una serenidad apabullante, que asumió rápidamente el papel de padre y maestro”; al otro, se encuentra Jairo, quien justo en plena implantación del Estatuto de Seguridad del ex presidente Julio César Turbay “creía con toda convicción, con una obstinación que a menudo lo llevaba a la dureza, en la necesidad de una revolución violenta”.

“El carácter indeciso de Ángel lo hace encontrarse siempre en una encrucijada y verse como un completo fracasado, pues no es capaz de instalarse en el establecimiento ni de enlistarse definitivamente en las filas de la insurgencia que Jairo inspira y lidera con carismática y furiosa insistencia”, dice la escritora.

Es en medio de los conflictos interiores con los que batalla Ángel, cuando irrumpe en su vida Franca, que lo seduce resuelta y arrojadamente para satisfacer su sed de aventura. Pero él, mucho más sesudo, tiene claro que Franca “despierta en él algo a lo que teme profundamente: una pasión. Sabe bien que ésta siempre estimula y lleva a actuar sin detenerse a medir los límites. Pero

también que envilece, que pisotea el orgullo, que nubla la razón”.

Allí, ambos se topan con la sensación desasosegante de que desconocen algo vital y definitivo de la vida del otro, algo que no pueden aprehender y que al escaparse de su entendimiento se torna misterioso y, por supuesto, atrayente, pues ninguno de los dos sabe cómo renunciar a aquello que no pueden poseer del todo. Esto plantea la inquietud que Ángel tratará de resolver a lo largo de la novela: “Si se puede vivir sabiendo que en el mundo no hay una sola persona para la que uno sea imprescindible”.

MELISSA SERRATO  
RAMÍREZ

## “¿Qué hacemos con Colombia, Mamochita?”

**La oligarca rebelde: conversaciones con María Mercedes Araújo**

Maureén Maya Sierra  
Random House Mondadori, S. A.,  
Bogotá, 2008, 222 págs.

*La oligarca rebelde* es el intento de María Mercedes Araújo y Maureén Maya de recontar la historia de Colombia de los últimos años, incluidos los presentes, desde una perspectiva no oficial. En sus doscientas y pico de páginas se hace un recorrido por la historia del país, tal como la vivió María Mercedes Araújo, hija de una clase social, la oligarquía, que detenta el poder y no quiere soltarlo y que, dice ella, en gran medida es culpable de los males que nos agobian hoy y de los que parece no haber salida, a no ser la planteada, de forma más o menos poética, por María Mercedes Araújo cuando afirma que

*Colombia como el colibrí expresa todos los colores del arcoíris,*